

Clarence Finlayson

## La Poesía Humana de Porfirio Barba-Jacob



**DENTRARSE** en el corazón de un poeta es un movimiento de simpatía. Simpatía en el amplio y filosófico sentido de la palabra, es decir, latir a un ritmo igual, colocar un mismo pulso interior y anímico. Hay poetas que disponen de esta cualidad universal de conquista que adquiere y pasea sus esencias por el corazón de todos los lectores, vibrando con ellos activamente en ejercicio o despertando sus dormidas potencias.

Entre los poetas humanos que han existido, que han cantado sin reticencias ni cortapisas y expresado la gama interior de su subsuelo psicológico, que a través de sentimientos o motivos singulares y concretos han cuajado flores de eternidad para toda la especie humana, para quienes la palabra y el verso no son terminaciones definitivas ni en ellos se miran en la sola forma exterior, sino que manifiestan un medio o vehículo de

expresión para hacer llegar a los otros sus íntimas experiencias, a pesar de las palabras, está y permanece vivo, el genio iluminador de Porfirio Barba-Jacob, uno de los más grandes y humanos poetas de la lengua de Castilla.

Para mí, es el primer poeta de Colombia y uno de los más perfectos y profundos que la América ha producido.

\* \* \*

Nacido en las tierras humanas, de paisaje humano y lenitivo, de su nutricia Antioquia, de pura raza antioqueña, Miguel Angel Osorio brota de Colombia como surtidor de raíz y peregrinaje y se lanza a la aventura de conocer a los hombres y de trashumar países y regiones. El mismo hombre lleva diferentes nombres: Miguel Angel Osorio, Maín Ximenez, Ricardo Arenales y Porfirio Barba-Jacob, que resumen una vida esencial bajo matices casi infinitos. Viajero incansable, pasajero de cada estación caminera y de cada instante del tiempo, este aeda errabundo ancló sólo en la eternidad de la belleza y en el corazón del mundo.

Su lírica se volcó con cinceles de fuego en estrofas límpidas, claras, diáfanas. Un sostenido movimiento interior arquitectona su ritmo y su edificio. Una rara perfección y riqueza idiomática y musical percurre a lo largo de sus versos. Puede decirse que él supo aunar maravillosamente la escultura con la música. Es

parnasiano y simbolista al mismo tiempo sin ser definitivamente de ninguna escuela. Canta motivos, experimentados por él, de aquí y de allá, concretamente, fijados en moldes detenidos y en cada uno de ellos realiza una esencia universal. Su poesía tiende al existencialismo: un fondo telúrico de angustia, de ansia trascendental se enciende y transparenta y sobre esa nada, se yergue altivo y señero como un semi-dios que trae de contemplaciones misteriosas con el infinito su mensaje hondo y profético que hace conmover a las estrellas sin apartarse de las raíces del hombre y de la tierra. Tal como Baudelaire, poeta por antonomasia humano, se asoma a profundidades y experiencias de recónditos abismos, recorre todos los meandros y sinuosidades de los secretos impulsos de la sangre y del alma y eleva sus aguas de poderosas savias a las alturas incommovibles de la expresión perfecta. «Es necesario ir al fondo del hombre, a coger aquello que nos permita soñar más allá del hombre», que decía Nietzsche, es un factor causal en movimiento, su leit-motiv productor y animador.

Como otro gran poeta de nuestra América, como Pablo Neruda de Chile, es un vate nocturno para quien la noche ilumina. Vestido con indumentos de la noche, hay en su poesía una proclividad pesimista y a veces morbosa que engendra desoladora actitud y visión misérrima de las debilidades humanas, en sus fragilidades insospechables. Luces y sombras se dan la mano en su obra múltiple, hallazgos logrados para

siempre y tentativas que se asoman al vacío, desesperadas y movibles inquietudes, anhelos perennemente ramificados como bracillos de árboles extendidos en el aire. Sus contornos pesimistas sufren en la esperanza y por esto jamás sistematiza en ideas una visión trágica a lo Carducci o a lo Leopardi. Quiere vivir la vida en sus nuancias totales y variadas, en sus tonalidades millonarias, en los buenos momentos y en los instantes tristes. El propio sufrimiento le concede la intuición de su inmortalidad y permanece entonces impasible ante el pasar de las cosas que se rompen y caen, ante el desfile vespéral de sucumbir de los elementos todos del universo, y como el Lucifer de Byron le responde al Caín de su destino.

\* \* \*

El alma humana es infinita en su misterio. Esta verdad que ya había sido expresada por el oscuro Heráclito de Efeso, sirve para una larga e interesante meditación. En todo hombre genial existen muchos mundos y muchos hombres. El hombre es un horizonte tendido entre dos universos y como una bóveda contacta y toca sus pilares. Es por antonomasia un microcosmos. El hombre es un pequeño dios: por la inteligencia es un ser abierto al universo entero, «*intelgentia potest omnia fieri*», que dijo Aristóteles: por su voluntad puede amar todos los seres existentes. La realidad del amor es más reducida que la realidad inteligible, pues sola-



mente puede recaer y depositarse en la existente y nada más que en ella y siempre en dirección recta a la existencia.

Barba-Jacob—como Baudelaire y como De Quincey—se proyectó hacia el mundo del placer en toda su riqueza, natural y artificial. También gustó de ese universo trágico y vedado de los paraísos artificiales. No se contuvo en la normalidad. Estudiando su vida puede intentarse una psicología del vacío, una interpretación metafísica.

La inteligencia que tiene por objeto formal el ser en cuanto tal, la realidad toda entera, genera el apetito volitivo un ansia hacia el disfrute de todo bien ontológico, de todo aquello apto para suministrar felicidad o placer. El hombre del placer busca prolongar la posesión de su objeto, sin medida, rompe la unidad, la proporción a que debe estar sometido su entidad una, se desvía en la dirección unilateral de su goce. El vicio es un hábito que engendra una segunda naturaleza y en vez—como la virtud—de informar edificando el ser total y unitario del hombre lo destruye en líneas parciales. Barba Jacob, que tanto se parece en la idea a Baudelaire, que mantiene analogías con Verlaine, que penetra en el misterio salvaje de lo diabólico y de lo místico como Rimbaud—el místico salvaje como lo llamara Claudel—significa en su poesía, fiel trasunto de su atormentada y agónica vida, esos abysales y enigmáticos misterios del ser humano. No puede ser comprendido sin hacer directamente referencia a su herida

existencia, vulnerada y lacerada en su voluntad. Ha penetrado en esas profundidades como pocos escritores que han narrado sus terribles experiencias. De una pureza de vida, cimera y alta, en su juventud, cae al abismo de la más desenfrenada perversidad, utilizándose en su imaginación y en ese morbo de una sensibilidad estupenda y exquisita que aspiraba el placer en casi lo ilimitado.

El amor quiere amarlo todo, todo lo visionado por la inteligencia, por la imaginación, por los sentidos; por esto se desespera, se quiebra y triza, camina por todos los senderos, abandonado ya por su impulso racional y unitario. Acoge temblando la voz de las sombras, escucha el llamado de los elementos nocturnos, y corre acelerado por la angustia y el dolor.

Pensando, enredando sombras en la profunda soledad.

.....

Pensando, soltando pájaros, desvaneciendo imágenes,  
enterrando lámparas,

.....

Abogando lamentos, moliendo esperanzas sombrías,  
molinero taciturno,  
se te viene de bruces la noche...

(Poema 17, P. Neruda).

Así nace esta terrible y angustiada poesía, de las regiones subliminales del alma, en ese hondón donde el ser humano contacta al mismo tiempo su sublimidad y su miseria, las luminarias y las sombras. Como Nietzsche, el solitario de Silz Marie, puede, a pesar de todo, repetir Barba-Jacob: «Soy la luz y deseo ser la noche; miro a todas partes y me encuentro circundado de luz». En esa noche pecadora aún alumbraba un ideal.

Este proceso misterioso a la nadificación, cantada en luminaria, nos rememora lo que el grande Leopardi dijera del amor y de la muerte:

Amore e morte  
a un templo stesso  
ingenero la sorte.

El pesimismo como postura humana no llegó como en Carducci a cuajar en la poesía de Barba-Jacob. Lo salvó de él una enorme aristocracia del espíritu.

Más allá de la vida mortal del poeta una visión trascendental de la existencia iluminaba su viaje terrestre.

\* \* \*

La poesía de Barba-Jacob se distingue por su carácter intensamente individualista. No puede en ninguna forma casi ser llamada una poesía social. Una dirección terriblemente hacia las honduras de lo personal. Y es justamente por esta razón por lo que su poe-

sía es tan amargamente humana. Diríamos con Nietzsche «humano, demasiado humano» fué el torturado poeta de la Canción de la Vida profunda. Cuando un hombre se introspecta y marcha a sus raíces propias, cuando es sincero y capaz de manifestar su interior en aquello que de más hondamente único e individual tiene, entonces realiza una labor de universalidad en que coincide con toda la especie humana.

\* \* \*

El hombre es el centinela de la nada, que dice el metafísico Heidegger. Una angustia óntica y trascendental lo recorre en su tejido humano. Salido de la nada siente siempre una atracción hacia la nada. Ese peligro de abismarse, de sumergirse hacia su limitación, existe siempre. Los hombres que ponen su mirada místicamente más allá de esta cárcel temporal del espacio experimentan menos la tentación de ese vértigo. Abandonados a sus propias fuerzas y haciendo órbita de sí propios los elementos nocturnos nacen y renacen continuamente, aparecen y afloran sin cesar como un mar estremecido. En contacto esencial con el ser y la nada de sí mismos lo divino y lo destructivo, las luces y las sombras, conjugan su existencia. Baudelaire tiene semejanzas con las creaciones de Barba-Jacob y tal como Stanislás Fumée llamó al poeta francés de «Las Flores del Mal», poeta de las luces y de las sombras, así pudiera denominarse nuestro poeta americano. Al comenzar su poema «Un hombre» él dice así



Los que no habéis llevado en el corazón el túmulo de  
 [un dios  
 ni en las manos la sangre de un homicidio;  
 los que conocéis el horror de la conciencia ante el  
 [Universo...

.....  
 vosotros no podéis comprender el sentido doloroso de  
 [esta palabra: UN HOMBRE.

Este parcial maniqueísmo en nuestra vida, el bien y el mal, el espíritu y la materia, constituye nuestra esencia. Dicen los metafísicos que de todas nuestras actividades espirituales es sólo el amor, la tendencia volitiva por excelencia, el que puede arrogarse y de hecho constituir la corriente central de nuestra vida anímica, su nervio totalizador. Si el amor se orienta— aunque sea en determinadas y esporádicas circunstancias—hacia el desorden, hacia objetos del mal, por ser el amor una tendencia totalizante o totalística, es decir, que trata de asumir las actividades todas y dirigir las hacia una meta, hay siempre el riesgo de que permanezca para siempre en esa dirección definitiva. Un acto profundo y sólo uno puede a veces engendrar un hábito, no es absolutamente necesaria su repetición. Desde una base de universal perspectiva y trascendencia el hombre es siempre religioso. El místico implora la ayuda divina para que le penetre de su incolumi-

dad, de su inmortalidad. En las mayores y abysales honduras del mal, en el reino más profundo de la perversidad, el espíritu también experimenta— por contraste, por nadificación, porque los extremos en cierto y analógico modo se tocan—las angustias de la salvación. Muchos de estos espíritus se alzan de repente a las mayores alturas místicas, a los cielos de la azul inspiración: los versos inmortales de Paul Verlaine aun resuenan. Baudelaire crea sus «Letanías de Satán», impetra al dios del mal para que no lo emerja más en el sufrimiento, se dirige a él recordándole su mismo dolor de ángel rebelde para que se conduela y compadezca de su humanidad:

¡Oh tú, príncipe caído de las alturas!  
¡Oh tú, príncipe de las tinieblas!  
¡Ten piedad de mi larga miseria!

Pecado casi teológico, más profundo en su maldad por descender de muy arriba, de lo divino un tiempo gustado y amado: Baudelaire no se concibe sin su cristianismo. Era cristiano hasta para pecar.

Lo que primero llama la atención en esos versos tremantes de nuestro Barba-Jacob es su desbocado corcel—loco y dionisiaco— hacia todas las experiencias vitales. A gustar de la vida en todas sus formas hasta los meandros más insignificantes. Sentir la plenitud de existir en el existir, de vivir en el vivir... de vivir solamente. El mal percorre en sus bajos fondos y los

cose con su aguja de muerte. Lanza su sensibilidad hacia lo morboso y le levanta un altar. También él, quizá solamente él, hubiera inventado en las letras de América «Las Letanías de Satán». El placer es buscado en su realidad sin fronteras, ilímite. El placer, que es la felicidad vuelta a la actividad sensible, tiene y participa de ésta su rostro de eternidad. La felicidad no admite límites ni se enmarca en ninguna dimensión del tiempo:

¡Ah de la vida parva, que no nos da sus mieles  
sino con cierto ritmo y en cierta proporción!

En estos versos de irrefrenada humanidad es exaltado el placer como en ningún poeta que haya escrito en el idioma de Castilla. «Balada de la Loca Alegría» nos suministra tema para luengas y profundas meditaciones. El poema éste es un poema abierto. El poeta entra en el territorio del placer, destruye sus murallas, se entrega a la loca alegría de la bacanal, de la desenfrenada orgía. El dios que los preside y alienta y estimula con sus irresistibles impulsos es Dionisos, el dios del movimiento, de la música, de la embriaguez. No hay que enmarcar el placer, no hay que aprisionarlo. La conciencia no ha de estar en vigilia o en actitud vigilante sino sin censura moral, olvidada de trabas, roto el orden y la proporción.

¡Reid, danzad al viento de Dionisos que embriaga el  
[corazón!

Surgen a través de la imaginación y de la memoria los pasados, las herencias, los atavismos, la raza, la historia, las circunstancias. Se escenifican hombres y mujeres. Recorren con sus pasos la morbosa alfombra anímica del poeta. Como un ritornelo sigue sonando la estrofa inicial:

Mi vaso lleno—el vino del Anábuac—  
mi esfuerzo vano—estéril mi pasión—  
soy un perdido—soy un marihuano—  
a beber—a danzar al son de mi canción...

El poeta no puede desprenderse de la visión vanitaria de las cosas. La muerte está a la espera. El polvo de los seres encierra un cementerio.

La Muerte viene—todo será polvo  
bajo su imperio—polvo de Lucrecio,  
polvo de Augusto, polvo de Nerón...

.....

La Muerte viene, todo será polvo:  
polvo de Hidalgo, polvo de Bolívar,  
polvo en la urna, y, rota ya la urna,  
polvo en la ceguedad del Aquilón...

Para gozar en plenitud del instante sería necesario al mismo tiempo revivir el pretérito. El pasado penetra como un torrente en el presente para hacer más pleno su momento, para culminar su historia. El hombre del



placer vierte sus secretos, los acontecimientos de su vida, se confiesa líricamente. El placer siempre expansiona.

En la danza loca intenta olvidar su último sino. Concreta sus potencias al instante, invitando a todos a bailar al son de su canción.

La noche es clara y da embriaguez de mieles,  
 la tierra es bella en su cendal de brumas;  
 vivir es dulce, con dulzor de trinos;  
 canta el amor, espigan los donceles,  
 se puebla el mundo, se urden los destinos...  
 ¡Que el vino de Anáhuac me alivie el corazón!  
 ¡A danzar! ¡A girar en raudos torbellinos,  
 vano el esfuerzo, estéril la pasión!...

Termina el poema con un ENVÍO a Leopoldo de la Rosa, en que sintetiza su sentido del amor y del placer, su hedonismo que a pesar de todo no logra borrar la presencia augusta y terrible de la muerte que todo lo consume:

#### ENVÍO

A ti que me reprochas el arcano  
 sentido del amor que va en mi verso,  
 fúlgido y fuerte, insólito y arcano,  
 te hablo en la triste vanidad del verso;  
 tú en la Muerte rendido, yo en la Muerte,

ni un grito apenas del afán del mundo  
podrá hallar eco en la oquedad vacía.  
El Polvo reina, el Polvo, el Iracundo . . .  
¡Alegría! ¡Alegría! ¡Alegría!

## LOS GRANDES POETAS DE AMERICA: SITUACION DE SU POESIA

1. El más grande precursor del modernismo en la poesía latinoamericana es José Asunción Silva. En sus célebres nocturnos puede ya esbozarse una nueva poética, una nueva actitud lírica, una mentalidad distinta. Los poetas han sido y todavía son los más genuinos representantes de la cultura nuestra. Son los mensajeros del alma de este continente. También podemos hablar de la novela y de la pintura como manifestaciones originales pero circunscritas a determinados pueblos y a esporádicos eventos o movimientos de nuestra evolución. Pero la poesía nace en América con perfiles propios, distintos a los de la Península. Nuestros poetas son más líricos y subjetivos que los españoles, adquieren tonalidades más variadas, suavizan el idioma y expresan realidades psicológicas de maduración. Rubén Darío nace en Nicaragua pero su estro poético bebe en los franceses, absorbe su espíritu con mentalidad tropical y con brillante imaginación. A este lirismo ostentoso le da estocada de muerte un poema del mejicano Enrique González Martínez, cuyo verso inicial dice: «Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje», y que inugura una postura más interior. Entre los poetas

que más han influenciado los públicos se cuenta Amado Nervo, que en cierto modo— a veces lánguido y flojo—refleja una morbosa sentimentalidad. Herrera y Reissig del Uruguay estiliza esa gama sentimental. Leopoldo Lugones, de la Argentina, esplende su sutil imaginación a lo largo del continente. Guillermo Valencia, de Colombia representa el parnasiauismo, la escultura, lo apolíneo, la forma estática, el verso pulido y acabado. La sangre de Amerindia no se detiene: es Dionisos el viento que la agita, el que la retrata, la refleja. Surge el cincel vigoroso de Gabriela Mistral y su verso fuerte y triste como un alarido que la coloca como la primera poetisa del habla castellana. Chocano, del Perú, canta motivos de gesta continental y crea métricas largas y lentas, altisonantes, épicas.

Con la Guerra Mundial del 14 se renuevan los moldes, insurge un hálito de loca y desesperada originalidad. Algunos vates permanecen con su influjo, otros son abandonados. Reverdí y Vicente Huidobro fundan el movimiento creacionista. Aparece Pablo Neruda con su hondo y humano romanticismo de «Crepusculario» y «Veinte Poemas de Amor», y penetra en las juventudes de América y España. Posteriormente se alza su poesía hacia las regiones metafísicas y cósmicas y señala con una nueva técnica nuevos y enormes rumbos. El poeta chileno acoge después la atmósfera social del tiempo y canta las luchas sociales y los grandes acontecimientos. Carrera Andrade, del Ecuador, inaugura otras modalidades, la poesía marca defi-

niciones líricas. Se advierte el alma de sus pueblos palpitar, la voz de la tierra es acogida como la fuente vernácula de la inspiración. Todo el proceso persiste y la poesía hispanoamericana tiene su personalidad propia. Los elementos musicales son recibidos en la poesía del colombiano León de Greif y en raras armonías indican insospechadas curvas, secretas rutas. Sin dejar de ser americana, la poesía del continente camina ya por senderos de universalidad.

2 La poesía de Porfirio Barba-Jacob, sin iniciar nuevas técnicas, permanece. Entre los líricos más profundos y humanos que hayan cantado en nuestro idioma se relieves la recia personalidad del gran colombiano. Su hondura poética le preserva de los tiempos y de la moda de las escuelas.

No obstante la objetividad perfecta de la forma, Barba-Jacob vertió su vida dinámica, polipatética, multiforme, en función adecuada y en la medida en que esto es posible: siempre el sueño sólo roza apenas un ala de la realidad. Mientras más humana es una poesía, mientras más interior e individual es una experiencia, comunicar su verdadero nombre, su inefable verbo secreto, tanto más desesperado en el impulso, la insatisfacción. Tal vez en las más grandes obras del Arte lo que más se desea comunicar no es tanto lo comunicable sino lo incomunicable. De allí ese dolor involucrado en toda creación. Como las almas que pintan el Dante, condenadas a girar sin descanso en círculos eternos, los inspirados, los de la intuición, revolotean



en torno a su sueño o a su visión sin alcanzar identificarse con ellos. En un pasaje célebre sobre la intuición filosófica dice Henri Bergson: «En ese punto hay algo de simple, de tan infinitamente simple, de tan inefablemente simple, que el filósofo no consiguió nunca explicarlo y esa fué la causa de que hablara toda su vida». Una vez dada la intuición hay una semilla de dinamismo que siembra una inquietud que no descansa sino en la muerte.

El poeta debe alcanzar su justo equilibrio, entre la imagen y la idea y la primera debe revestir en lo posible el valor universal de un símbolo. Conducido por un ritmo interior las palabras van saliendo, y depositándose sobre la música subconsciente de su movimiento van construyendo el poema.

Qué voz suave, qué ansiedad divina  
tiene nuestra ansiedad su resonancia?

(La estrella de la tarde).

La intuición del poeta que es fundamentalmente intelectual como en todo proceso de creación siente la angustia de deambular sobre la multiplicidad de las cosas sensibles sin poderlas unir en su ritmo total e interior y juntar la realidad a su sueño. Camina a tientas sobre la penumbra de lo sensible, mientras la imaginación le va prestando su nave que marcha empujada por la corriente musical que le precede.

Ses ailes de géant l'empêchent de marcher.

Como el Albatros de Baudelaire, se enreda y tropieza en su propia grandeza.

## EL PAISAJE EN LA POESIA DE BARBA-JACOB

Según confesión del mismo Barba-Jacob antes de morir, con palabras que Pardo García le oyó afirmar, él era un campesino. Campesino de corazón y de paisaje. El campo late en el fondo de toda su inspiración como una necesidad, como una composición de lugar casi inevitable. «Siempre he sido un campesino».

En 1883, nació Miguel Angel Osorio Benítez, en el pueblo de Santa Rosa de Osos. «Allá en mi nativa Antioquia en su más áspera porción, donde el cura melifica y amenaza, las madres procrean hijos como la caña de maíz, granos, y la civilización es dulzura sin inventos, el amor al prójimo sin automóviles, obras de misericordia sin locomotoras, castidad sin cinematógrafo, y donde la belleza y el vigor, la salud moral y la esperanza, la inteligencia y la lealtad son como flores caídas del manto de Jesucristo. . . », escribe el poeta. La infancia con sus recuerdos subcurre a lo largo de sus versos. El paisaje antioqueño es un paisaje humano, una ecuación entre sus habitantes y la tierra que a veces parece arrancado a los tiempos bíblicos de las tribus pastorales de Israel. La latitud geográfica, el alejamiento del mar y su caligrafía montañosa, conceden

en general a la mayor parte de los habitantes de Colombia una disposición hacia el ensueño. Existe, puede decirse casi, una general característica musical y de tonalidad, generadas por una similar actitud psicológica, en las manifestaciones de su poesía. Refulge, sin embargo, una brillantez imaginativa, una riqueza tropical de coloridos y vocablos. El apacible paisaje de Antioquia le donó un fondo perenne de inspiración material, suministrando sus elementos de arquitectura. Su agro estará siempre presente a su exquisita sensibilidad.

El campesino siente como pocos el llamado de la tierra, su imperativo vigoroso. En uno de sus más bellos poemas expresa Barba-Jacob su nostalgia del terruño, unida a un retorno de la vida hacia sus cauces primeros, dándose cuenta que la felicidad no se posa en definitiva en el desenfreno sino en la tranquilidad del orden, que es la paz:

#### LAMENTACIÓN DE OCTUBRE

Yo no sabía que el azul mañana  
es vago espectro del brumoso ayer;  
que, agitado por soplos de centurias,  
el corazón anhela arder, arder.  
Siento su influjo y su latencia, y cuando  
quiere sus luminarias encender.

Pero la vida está llamando  
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que infantil ternura  
da al cielo de la vida un rocicler,  
y que, bajo el laurel, el héroe rudo  
algo de niño tiene que tener.  
¡Oh, quién pudiera de niñez temblando,  
a un alba de inocencia renacer!

Pero la vida está pasando,  
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que la paz profunda  
del afecto, los lirios del placer,  
la magnolia de luz de la energía,  
lleva en su blando seno la mujer.  
Mi sien rendida en ese seno blando,  
un hombre de verdad quisiera ser . . .

¡Pero la vida está acabando,  
y ya no es hora de aprender!

Y otras veces canta su recuerdo y vuelve a su campo como siempre:

ELEGÍA DE SEPTIEMBRE

Cordero tranquilo, cordero que paces  
tu grama y ajustas tu ser a la eterna armonía:  
hundiendo en el lodo las plantas fugaces  
huí de mis campos feraces  
un día . . .



Ruiseñor de la selva encantada  
 que preludias el orto abrileno:  
 a pesar de la fúnebre Muerte y la sombra y la nada,  
 yo tuve el ensueño.

Sendero que vas del alcor campesino  
 a perderte en la azul lontananza:  
 los dioses me han hecho un regalo divino:  
 la ardiente esperanza.

Espiga que mecen los vientos, espiga  
 que conjuntas el trigo dorado:  
 al influjo de soplos violentos,  
 en las noches de amor, he temblado.

Montaña que el sol transfigura,  
 Thabor al febril mediodía  
 silente deidad en la noche estelífera y pura:  
 [nadie supo en la tierra sombría  
 mi dolor, mi temblor, mi pavoral

Y vosotros, rosal florecido,  
 lebreles sin amo, luceros, crepúsculos,  
 escuchadme esta cosa tremenda: —HE VIVIDO!  
 He vivido con alma, con sangre, con nervios, con  
 [músculos,  
 y voy al olvido...

En el poema «La Estrella de la Tarde» su verso  
 se vierte límpido y sereno con hálito de eternidad. La

emoción del misterio no logra destruir su serena y tranquila atmósfera.

LA ESTRELLA DE LA TARDE

Un monte azul, un pájaro viajero,  
un roble, una llanura,  
un niño, una canción . . . Y, sin embargo,  
nada sabemos hoy, hermano mío.

Bórranse los senderos en la sombra;  
el corazón del monte está cerrado;  
el perro del pastor trágicamente  
aúlla entre las hierbas del vallado.

Apoya tu fatiga en mi fatiga,  
que yo mi pena apoyaré en tu pena,  
y llora, como yo, por el influjo  
de la tarde traslúcida y serena.

Nunca sabremos nada . . .

¿Quién puso en nuestras almas, anhelante,  
vago rumor de mares en zozobra,  
emoción desatada,  
quimeras vanas, caridad sin obra?  
Hermano mío, en la inquietud constante,  
nunca sabremos nada . . .

¿En qué islas de grutas misteriosas  
arrullaron los Númenes tu sueño?

¿Quién me da los carbones irreales  
de mi ardiente pasión, y la resina  
que funde en mis poemas su fragancia?  
¿Qué voz suave, qué ansiedad divina  
tiene en nuestra ansiedad su resonancia?

Todo inquirir fracasa en el vacío,  
cual fracasan los bólidos nocturnos  
en el fondo del mar; toda pregunta  
vuelve a nosotros trémula y fallida,  
como del choque del cantil fragoso  
la flecha por el arco despedida.

Hermano mío en el impulso errante,  
nunca sabremos nada...  
Y, sin embargo...

¿Qué mística influencia  
vierte en nuestros dolores un bálsamo radiante?  
¿Quién prende a nuestros hombros  
manto real de púrpuras gloriosas.  
y quién a nuestras llagas  
viene y las unge y las convierte en rosas?  
Tú, que sobre las hierbas reposabas  
de cara al cielo, dices de repente:

—«La estrella de la tarde está encendida». —  
Avidos buscan su fulgor mis ojos  
a través de la bruma, y ascendemos  
por el hilo de luz...

Un grillo canta  
en los repuestos musgos del cercado,  
y un incendio de estrellas se levanta  
en tu pecho, tranquilo ante la tarde,  
y en mi pecho en la tarde sosegado...

Como ejemplo de poema leve y delicado, pletórico de nostalgia dulce, de acento suave y soñador, de sugerencias hacia el pasado, de gracia y ternura es el poema intitulado:

NUEVA CANCIÓN DE LA VIDA PROFUNDA

Te me vas, paloma rendida, juventud dulce,  
dulcemente desfallecida: te me vas.  
¡Tiembra en tus embriagueces el dolor de la vida!

—¿Y nada más?

—Y un poco más...

La mujer y la gloria con puños ternezuelos  
llamaron quedamente a mi alma infantil.  
¡Oh, mis primeros ímpetus! ¡Oh, mis nocturnos vuelos!  
Tuve una novia... Me parece que fué en abril.

Yo miraba el crepúsculo  
y creía que eso era el crepúsculo.  
¡Sí, tácita en la noche, la estrella está detrás!  
El Numen de Colombia me dió una rosa bella,  
mas yo pedí el crepúsculo y codicié la estrella...



—¿Y nada más?

—Y un poco más...

Y escuché que cantaban su canción de ambrosía  
Pisinoe en la onda y en la onda Aplaopea.

El mundo, como un cóncavo diamante, parecía  
hinchido hasta los bordes por la amorosa idea.

Fué entonces cuando adivino Juan Rafael, el dulce  
amigo de mi alma, que no volvió jamás!

Yo amaba solamente su amistad dulce...

—¿Y nada más—

—Y poco más...

Y luego... ser el árbitro de mi propio destino,  
actor en mis tragedias, verdugo de mi honor...  
mi lira tiene un trémolo de caracol marino,  
y entre el dolor humano yo expreso otro dolor!

No te vas, paloma rendida, juventud dulce,  
dulcemente desfallecida, no te vas:

¡quiero apurar el íntimo deleite de la vida!

—¿Y nada más?

—Y un poco más...

### LA CANCION DE LA VIDA PROFUNDA

La más popular de todas las creaciones de Barba-Jacob es sin duda «La Canción de la Vida Profunda», que lleva como epígrafe un pensamiento de Montaigne, el escéptico elegante de «Los Ensayos». La

vida humana es un arcano de emociones; movible en su proceso dinámico afloran sus manifestaciones sin cesar renovadas, sorprendiendo al propio espíritu que las padece y que las lanza. Espectador y actor al mismo tiempo aparece para el hombre la vida como un sueño; para el poeta o el creador vale repetir las palabras de Edgar Allan Poe: «Mi vida ha transcurrido como un sueño, como un sueño dentro de otro sueño». Barba-Jacob expresa en su sinceridad jamás negada, en una confesión sencilla de su debilidad humana, la imperistencia de su fluir. Poeta es el que descubre su estado interior y es capaz de expresarlo convenientemente, reflejando la belleza de su sueño. El poeta descubre la unidad de esa gama de sentimientos que sobrecogen, visiona ese nervio interior que trama su multiplicidad, ese impulso ascendente que se resuelve en canto.

El poeta aquí vuelve sobre sí mismo, se sumerge en su propio misterio. El hombre es un ser extraño en esta tierra; vive como eterno siendo efímero, se alza como un dios en medio de la contingencia y la fragilidad fundamental del universo. Su impulso amoroso hacia todas las cosas lo conducen en todas las direcciones. Está en continuo contacto con el mundo múltiple de los seres que lo solicitan aquí y allá. Mantener la unidad en nuestros amores, en nuestros deseos, es empresa difícil, arriesgada, por la misma riqueza y variedad de los sentimientos, de los sentidos, de la sensibilidad multiforme, de los conatos más encontrados y dis-

pares, se triza a todos los vientos como vuelo de palomas soltadas de repente.

A medida que ascendemos a la superficie sensible de nuestro ser, nos vamos encontrando con esta movilidad. Barba-Jacob expresa esta ley fundamental del ser humano, móvil, efímero, fluyente:

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles, como las leves briznas al viento y al azar.

Tal vez bajo otro cielo la dicha nos sonría...

La vida es clara, undívaga y abierta como el mar.

En un canto de serenidad, quieta y mansa la naturaleza, Paul Verlaine se levanta hasta Dios:

#### SAGESSE

Le ciel est, par-dessus le toit,  
Si bleu, si calme!

Un arbre, par-dessus le toit,  
Berce sa palme.

La cloche dans le ciel qu'on voit  
Douxement tinte.

Un oiseau sur l'arbre qu'on voit  
Chante sa plainte.

Mon Dieu, mon Dieu, la vie est là,  
Simple et tranquille.

Cette paisible rumeur-lá  
Vient de la ville.

—Qu'as-tu fait, ó toit que voilà  
Pleurant sans cesse,  
Dis, qu'as-tu fait, toi que voila,  
De ta jeunesse?

Barba-Jacob, nos dice que en las profundidades lúgubres «acaso ni Dios mismo nos pueda consolar». En esa infructuosa búsqueda de la felicidad, en este mundo limitado, estamos compelidos a deambular de cosa en cosa, a variar constantemente nuestro anímico paisaje, a decirles sin cesar adiós a los seres todos. Judío errante, viajero incansable, en una concepción peregrinal de la existencia, el hombre es movido por su propia insatisfacción, por esa su angustia desesperada de las fronteras, de la limitación. Fué el grito desesperado de Oscar Wilde «Anywhere out of this world».

CANCIÓN DE LA VIDA PROFUNDA

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,  
como las leves briznas al viento y al azar.  
Tal vez bajo otro cielo la dicha nos sonría...  
La vida es clara, undívaga y abierta como el mar.

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles  
como en abril el campo que tiembla de pasión:



bajo el influjo pródigo de espirituales lluvias,  
el alma está brotando florestas de ilusión.

Y hay días en que somos tan sordidos, tan sordidos,  
como la entraña obscura de obscuro pedernal:  
la noche nos sorprende con sus profundas lámparas,  
en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal.

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos,  
—niñez en el crepúsculo, lagunas de zafir—  
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza  
y hasta las propias penas nos hacen sonreír...

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,  
que nos depara en vano su carne la mujer:  
tras de ceñir un talle y acariciar un seno  
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,  
como en las noches lúgubres el llanto del pinar.  
El alma gime entonces bajo el color del mundo,  
y acaso ni Dios mismo nos puede consolar...

Mas hay también, ¡oh Tierral, un día... un día...  
[un día

en que levamos ancla para jamás volver...

Un día en que discurren vientos ineluctables.

¡Un día en que ya nada nos pueda detener!

La realidad psicológica del hombre también fluye  
con el universo,

## LA MUERTE DE PORFIRIO BARBA-JACOB

En Méjico, en ese país que tanto había amado, murió Barba-Jacob el 4 de enero de 1942. Por un tiempo, tras la lucha y la porfiada brega, se aferró a la vida con desesperación. ¡Necesito vivir! ¡Quiero vivir! exclamaba. Ya deshecho en la debilidad orgánica de la tuberculosis, exclamó: «Es inútil. Ya no es posible triunfar». A semejanza de Darío y de Neruo, expiró abrazado a un crucifijo. Alonso Junco, quien escribió un sentido artículo en «El Universal» sobre su muerte, le trajo al sacerdote Gabriel Méndez Plaucarte para que lo confesara. Barba-Jacob, murió en la tranquilidad del arrepentimiento. Como Poe, también imploró misericordia sobre su pobre alma.

Humildemente canta sobre sí mismo en «Futuro» y recoge los elementos esenciales de su poesía y de su vida.

### FUTURO

Decid cuando yo muera... (¡y el día esté lejano!);  
Soberbio y desdeñoso, pródigo y turbulento,  
en el vital deliquio por siempre insaciado,  
era una llama al viento...

Vagó con los abriles por las islas de su América;  
en un pinar de Honduras vigorizó su aliento:  
la tierra mejicana le dió su rebeldía,  
su libertad, su fuerza... Y era una llama al viento.

De cimas no sondeadas subía a las estrellas;  
un gran dolor incógnito vibrada por su acento;  
fué sabio en sus abismos,— y humilde, humilde,  
[humilde,—  
porque no es nada una llamita al viento.

Y supo cosas lúgubres, tan hondas y letales,  
que nunca humana lira, jamás, esclareció,  
y nadie aún ha medido su trágico lamento . . .  
Era una llama al viento, y el viento la apagó.

Al cerrarse sus párpados hacia la luz y la escena de este mundo, al apagarse su llama transitoria de mortal, su luz quedó flotando en el aire de América, en su eterno canto de belleza y de humanidad. Desde ese día su hermosura terrible y recóndita toca a las puertas de la inmortalidad, alejada ya para siempre la figura efímera de su tránsito, viva y perfecta en su inspiración, se yergue solitaria y fúlgida como uno de los más grandes líricos de todos los tiempos, en sus inmortales cantos que como pocos en la literatura universal ha conseguido expresar los abismos insondables, terribles, y trágicos del hombre.